

Orientaciones para escribir un ensayo filosófico.

Lo primero y fundamental es tener en cuenta que a escribir se aprende escribiendo... y leyendo. Esto que os voy a dar son precisiones –muy poco precisas, aunque pudieran parecer lo contrario– de lo que espero de vosotros, y pautas metodológicas –completamente oscuras– del cómo hay que hacerlo.

Lo segundo y quizás lo más sencillo es señalar lo que no es un ensayo: no es un resumen. No quiero resúmenes. Repito: no quiero un resumen. Sin perjuicio de que podamos retomar, explicar, recoger, etc., partes o el todo del escrito para usos instrumentales. Quiero decir: podemos resumir partes o esquematizarlas para enfrentar a otros esquemas, a otras partes, para señalar y mostrar incongruencias, para trabar su arquitectónica o para usos múltiples que ahora no se me ocurren. El resumen, en definitiva, puede ser una herramienta, pero nunca un fin. Un ensayo que se limite a resumir no es, por definición, un ensayo, tan solo es un duplicado degradado.

¿Qué sí es un ensayo? Es la defensa de una tesis. Debe haber una idea que se pueda expresar en dos o tres frases, quizás una, que vertebrén todo el escrito. La tesis es lo que vosotros vais a defender. Y para la defensa de esa idea nuclear, sea la que sea, tenéis tantas armas como queráis.

Vamos con la armas: la única que os exijo es el texto que hayáis elegido. Ese texto os habrá dado conceptos para comprender vuestro momento vital –social, económico, familiar, etc.–. Quizás os sean útiles, quizás no. Quizás haya otro armamento más potente. Quizás podáis modificar algo del mismo. Quizás podáis mezclar lo ofrecido con otros que conozcáis... Lo único seguro es que vuestra arma original es el texto y sus conceptos. No os quito, por supuesto, de leer más libros, sean o no de la lista, y de emplearlos. En la defensa de la tesis se han de usar los argumentos más eficaces que consideréis oportunos.

Avanzamos a los argumentos. Hay tantas maneras de argumentar como yogures en un supermercado. Ahora bien, los hay sutiles y los hay tontos como un pie. También los hay honestos y los hay tramposos. Nosotros, que hemos pasado por la lógica y por las falacias, sabemos algo de esto. Sed honestos. Honestidad intelectual. En el deporte ese es el que vitoreáis a gente que no conocéis se lleva mucho la trampa –son vuestros arquetipos, lástima–, pero en la academia no hay nada más despreciable. Y el desprecio lleva a la ignominia. Y la ignominia se traduce en el cero.

Volvamos a los argumentos. Sería buena idea enfrentar unas ideas con otras mostrando sus fortalezas y sus debilidades, tanto estructurales como empíricas –por ejemplo un «sí, muy guapo, pero en la práctica resultó un gulag»–, de forma que la conclusión –¡la síntesis!– quede

fundada en algo sólido. Es buena idea seguir las diferentes ramificaciones que se van abriendo para tratar de cerrarlas y que solo quede una –es la metodología aristotélica. O, siendo esto más difícil, establecer un criterio clasificador donde las diversas alternativas queden ordenadas – también es aristotélico, maldito cabezón. El uso de ejemplos es muy fructífero siempre y ayuda a posar los pies; abstraerse demasiado lleva en ocasiones a altos vuelos que se terminan por despegar de lo sensato. Volver sobre el polvo evita desmanes y permite el descanso. Porque a veces hay que descansar para llegar a meta.

Hablemos de la meta, porque hay meta, claro. ¿Cuál es la meta? Hay, meca, una meta, o al menos debiera. Dónde está la meta. Ni idea. Pero hay que cerrar. A algún lado hay que llegar. Puede que ese lado sea la perplejidad de haber buscado con denuedo y no haber encontrado una –no seríais los primeros. Sea como fuere, ese final del ensayo pocas veces es previsto. Puede cambiar de cuando pensaste el tema, de cuando empezaste a leer el texto, de cuando lo maduraste, de cuando hiciste el esquema, de cuando leíste un segundo libro, de cuando recordaste una vivencia, de cuando rehiciste el esquema, de cuando empezaste a escribir, de cuando la escritura manifestó un sinsentido, de cuando por tercera vez compusiste el esquema, de cuando iniciaste el tecleo de nuevo, de cuando terminaste, de cuando te leíste a ti mismo y viste más incongruencias, de cuando tiraste el tercer esquema para volver a empezar –no de cero, que mucho camino llevas–, para, de repente, lograr cerrarlo con solvencia. O no. Lo tendrás que leer delante de la clase; la solvencia la tendrás que defender ante ellos y ante mí. Se lo contarás también a tu familia y lo protegerás ante ellos –porque empezará a ser tuyo. Pero habrás de modificar tus posiciones porque te regalarán perspectivas nuevas, ejemplos inimaginados, ángulos sutiles. Queda más: si realmente estás orgulloso de lo escrito, es posible que incluso lo guardes, y si lo haces, en unos años cabe la posibilidad de que te releas –y con suerte ni te acordarás de cuál era tu tesis–, y, créeme, te reirás mucho. «Menudas tonterías escribí», pensarás. Entonces te repondrás y volverás a levantar una posición ante una problemática –tendrás nuevas lecturas y nuevas vivencias que incorporar. Eso, querido alumno, es la filosofía. Y eso, querido alumno, es lo que ha hecho la humanidad desde hace dos milenios: releerse y reposicionarse desde las novedades que da la edad. La filosofía es un largo diálogo de la humanidad consigo misma a lo largo de los años. También lo es del yo consigo mismo a lo largo de una vida. ¿Qué debéis hacer en este ensayo? Debéis posicionaros hoy aquí.

El resto es albañilería. Recordad hacer un índice si lo precisa, una portada, una introducción que como mala novela nos adelante al asesino, un cuerpo argumental y una conclusión que recolecte lo sembrado y que ofrezca aberturas posibles y no estudiadas en vuestro escrito. Usad bibliografía y hacedla explícita. Usad citas a pie de página. Las citas de otros autores van con comillas españolas («»). Los títulos de libros van con *cursiva*. Etc. Esto no tiene interés pero es necesario, no vayáis a estropear el ensayo por ignorar los formatos.

Ahora, como decía el pintor, ojalá que cuando baje la musa me pille trabajando.